El Arco de Tejo Negro

SERIE ÉPICA

Primera edición,
Enero 2012

Copyright © Paula Raga Benet
Copyright © Mundos Épicos Grupo Editorial
Copyright de las ilustraciones © Mundos Épicos Grupo Editorial

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

MUNDOS EPICOS
GRUPO EDITORIAL

C/ Rosa García Ascot, 11
Portal 4, 3ºB, 29190
Puerto de la Torre, Málaga
Tlf: 951 93 11 34
info@mundosepicos.es
www.mundosepicos.es

ISBN: 978-84-92826-30-8

Ilustraciones: FÉLIX SOTOMAYOR
Mapa: PAULA RAGA BENET
Diseño gráfico y maquetación: PABLO GUIL

Impresión: PUBLICACIONES DIGITALES S.A.

Depósito legal:

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

http://elarcodetejonegro.mundosepicos.es

PAULA RAGA BENET

Este libro tiene en sí muchas voces, muchas historias entrelazadas. Historias de esfuerzos, de esbozos rechazados, de quebraderos de cabeza que sólo se solucionaron con el tesón y los ánimos de mucha gente. Y está dedicado a todas esas personas que siempre han estado ahí. En primer lugar, quiero agradecer y dedicar mi libro a mi familia; mis padres, mi abuela, mis tíos, mi hermana, que siempre han visto en mis textos y en mi pasión por la Literatura y el Arte una virtud; a Paco, mi amor, por obligarme aquella tarde de primavera a crear Ithefawn y su mitología (para una partida de rol, he de indicar), y recordarme cuál era el camino a seguir. Eres mi William de Redd personal. A Carles, Leby y Mare, por ser los conejillos de Indias de este pequeño mundo; a Patxi, mi bárbaro favorito, por soportar mis neuras, mis inseguridades y echarme un cable cuando más loca me volvía. A Nana, porque siempre me hacía reír hasta cuando estaba más triste (aunque eres una pesada redomada), a Murita, Vicente, Ximo y el resto de mi gente (ya sabéis todos quiénes sois, no me obliguéis a nombraros a todos), por estar siempre ahí, a mi lado golpe a golpe, sin dejar que me caiga incluso en los peores momentos. Y a ti, lector, por dar una oportunidad a esta pequeña historia en un mundo de grandes cosas; sin ti no habría fantasía, ni ánimos para continuar. Gracias a todos, espero que os guste.

Paula

AL CAZADOR Y
AL BÁRBARO ERRANTE:

QUE BÓREAS
SIEMPRE NOS LLEVE
EN UN SUEÑO

PREFACIO

Las Crónicas del Celt

El Celt es la esencia. Es lo que sostiene, una mirada que cruza el infinito.
Vibra en la voz de un niño al nacer, y ríe en el suspiro del alma que se libera.
Es la electricidad que recorre nuestra piel en el amor,
y la furia del mago descargando su ira sobre el maldito.
El Celt son los destellos que atraviesan nuestros párpados al cerrarlos,
crea mundos imaginarios, ilusiones, esperanzas. Multicolor, el Arco Iris es un flujo de Celt visible en el cielo cuando el milagro de la lluvia y el sol besándose ocurre.
Cuando algo invisible susurra a nuestras espaldas,
es el Celt el que sirve de catalizador, esa materia invisible que nos bombardea a diario. Y se irisa en el Universo, multiplicando sus susurros a través de las dimensiones.
Multiplicando Universos.
Lo que leéis ahora es la historia de uno de esos Universos creados por la maravilla del Celt, el tiempo sin tiempo de un destello de nuestros párpados.
Tal vez se creó en el filo de la hoja de un árbol, o en el brillo de las olas del mar.
Es la historia de los habitantes de sus mundos.

Bienvenido a las Crónicas del Celt.

PRÓLOGO

Catubdova y el Rey Eterno

La joven de cabello rojo alzó el Arco, clavando sus ojos en el guerrero que tenía frente a ella. Llevaban horas enfrentados, y ambos sangraban abundantemente. En el campamento, la escaramuza de los bárbaros y los alquimistas se había convertido en una auténtica batalla campal, pese a que los soldados del rey Gwyddion habían bebido, celebrando la Noche Prometida en la que Elfawn les entregaría su poder, traducido en la mano de su reina, Morgana.

—¿Por qué, Gwyddion? ¿Por qué ella y no yo? —reprochaba la joven Mórnida, con los ojos arrasados de lágrimas negras como los cuervos.

—Porque tú sólo traes guerra y dolor, Catubdova.

—¡Podría haberte hecho grande!

Y siguieron combatiendo, el uno contra el otro. El Rey Luminoso, con su túnica verde ondeando a su alrededor, apartaba una y otra vez las flechas negras que disparaba la joven con saña, rabiosa, entre gemidos que se debatían entre la ira y el dolor. Y una y otra vez se tanteaban, mientras el Celt se arremolinaba entre ellos, tejiendo los hilos del Destino a su alrededor.

Quedaba poco para la medianoche, el instante en el que la Puerta de Elfawn se abriría para dar paso a la Reina de las Hadas, la heredera prometida del joven rey, que daría a Ithefawn el poder del Otro Mundo, pero Catubdova,

ciega de amor, no quería que aquello sucediera. No quería ver a Gwyddion en brazos de otra mujer, por muy reina que fuera. Ella era una mujer del norte, una sacerdotisa del terrible Cuarto Rostro de la Diosa, y su destino era ser enemiga de la paz.

En ese momento, con un conjuro siseante, tensó el Arco Negro, disparó, y atravesó con su flecha negra el corazón del joven, que se desplomó en el suelo, rodeado de un charco de sangre. El pecho del rey estaba adornado con un penacho oscuro, como el virote, mientras Catubdova lo miraba fijamente, con el rostro desencajado. Lejos de allí, se empezaron a escuchar las campanas de la hora bruja. Una suave bruma empezó a cubrir la superficie del lago junto al que luchaban, rizando el agua, y los cantos de los elfos llenaron pronto el claro. Rotunda y oscura, Catubdova se alzaba frente a él, con el Arco aún en la mano y el rostro cubierto de lágrimas. Clavó sus ojos azules en los del rey, y sentenció:

—Nos veremos en la Muerte, amor mío.

La barca real se acercaba en comitiva. Sobre ella, la bella e inmortal reina Morgana se deslizaba hacia la costa junto a Maeve, la hermana melliza del joven Gwyddion, custodiadas por Nourd, un joven y noble elfo que cantaba junto a ellas. Todo era felicidad y promesas de un reino lleno de beatitud, hasta que un grito del elfo las alertó de que todo no iba según lo planeado. En la orilla estaba la Doncella Oscura Catubdova que, con un gesto entre el odio y el dolor, se dejaba caer en el Lago Espejo en pleno silencio. Ni el agua respondió, únicamente se la tragó en la oscuridad de la noche, diluyendo su vida en la muerte como se diluían sus lágrimas de desamor en la noche.

Morgana vio caer a la joven, alzó la vista, y descubrió junto a un árbol al rey Gwyddion, que parecía muerto.

—¡¡GWYDDION!! —gritó, desesperada, mientras la barca atracaba en la orilla del lago. Lejos de ahí, el Arco Negro se deslizaba en la corriente de los riachuelos que surgían de la mítica laguna. Morgana desembarcó, se arrodilló junto a su joven prometido, y le besó las manos fervientemente.

Nourd ayudó a la hermana del rey a desembarcar, mientras la reina lloraba junto al hombre que creía ya muerto. Un gemido de dolor la sacó de su error, y el rey le susurró levemente a su amor lo ocurrido. Morgana observó la flecha, y la desclavó de su pecho, liberando la sangre en un borbotón.

—No sobrevivirá en Ithefawn... Debemos llevárnoslo al Reino Inmortal.

—¿Pero qué será de nosotros sin él? Es el mejor guerrero que han conocido estas tierras, y estamos sumidos en la guerra contra el norte...

La reina frunció el ceño.

—Ithefawn seguirá adelante en ti, Maeve. Tienes que dirigir los Ejércitos Reales contra los alquimistas y los bárbaros del Cuarto Rostro. Tendrás ayuda, el Dragón Ancestral te asistirá. Habla con él.

Maeve asintió con la cabeza, y Lord Nourd ayudó a cargar al rey en la barca de Morgana. Lentamente, entre canciones lastimeras, la embarcación élfica se alejó por la superficie del Lago, mientras Morgana alzaba su canto de poder al cielo.

—Oh, Gran Reina de los Cuatro Rostros, escucha a tu hija predilecta. El dolor llevó al Cuervo a luchar contra su rey y su amor, y ahora el equilibrio de Ithefawn zozobra. ¡Escucha la llamada de tu hija, trae tu furia contra el invasor! ¡Toma su sangre, toma sus vidas, tómalo todo y arrásalo! La Muerte se ha llevado a los mejores, ¡que se lleve también a los injustos!

Sólo con esas palabras, un largo graznido se escuchó en el bosque, y los cuervos empezaron a volar hacia la batalla del campamento, arrasando de sur a norte a todos los que peleaban entre ellos. No quedó nadie, ni amigo, ni enemigo. Todo aquel que empuñaba un arma en el nombre de la codicia fue muerto en el campamento.

Maeve asistió aterrada a aquel espectáculo, y tomó las riendas del Reino. Se dice que Gwyddion, moribundo, se recuperó en Elfawn, pero jamás regresó, comenzando así su leyenda en Ithefawn bajo el apodo de El Eterno. En cuanto a Catubdova, nunca se supo más de ella.

«La Noche de la Luna Azul, cuando el Cuervo cante a mediodía, la sangre de Gwyddion se girará al Cuarto Rostro, el Cuervo empuñará el Arco y el Dragón tomará la Flecha. Catubdova se alzará en la Torre de Lys, y los Cuatro Rostros reirán a la vez».

MAJIÁS, EL HEREJE

CAPÍTULO I

Un encuentro fortuito

El sol caía a plomo sobre el camino. La hierba se mecía con la brisa cálida, y las abejas zumbaban entre las flores de abril. Bajo un árbol solitario, reposaba William Redd. No era tarea fácil la que el rey de Lucenna le había encomendado; la princesa Lucille había caído enferma, presa de unas extrañas fiebres, y nadie conocía la razón. El rey había enviado a diez caballeros a encontrar una cura, y William era uno de ellos.

Había viajado durante varios días hacia el norte, buscando las colinas verdes del sur de Norgon Hillen, y estaba cerca de la ciudad fronteriza de Beren. Allí mostraría su salvoconducto a los guardas de la frontera, y viajaría a través de Norgon Hillen buscando el antiguo Templo de Hillen Mornen, donde las Mórnidas, las Sacerdotisas de la Noche, le ayudarían en su propósito.

William era un caballero joven, no llegaba a los 25 años de edad. Era la primera vez que le encomendaban una misión tan seria y tan cargada de responsabilidad; y la ansiedad le corroía. ¿Y si fallaba en su empeño? ¿Y si caía en los páramos del Gran Norte? Mil dudas atenazaban sus pensamientos, pero la suerte estaba echada.

Arrancó una brizna de hierba, y la observó detenidamente. Casi podía sentir la corriente de Celt deteniéndose en ella, y se sintió apesadumbrado.

Con un suspiro se levantó, montó sobre su caballo y comenzó a cabalgar mientras la tarde avanzaba perezosamente.

La luna remontaba el cielo cuando en la taberna bullía la gente. Beren, una de las ciudades más antiguas de Lucenna, estaba en la encrucijada entre dos de las rutas de comercio más importantes de Ithefawn, el Gran Camino del Norte y la Senda del Comercio Enano.

Frente a una enorme jarra de cerveza, una figura cubierta con una capa oscura observaba el contenido de un paquete. Por los bordados de su capa negra se podía ver que pertenecía a uno de los antiguos clanes de Norgon. Sopló, y una voluta de humo surcó el aire, proveniente de sus labios.

—No me convence... ¿Dices que es una tela áurica de las hadas?

Ante la figura embozada, un pukkle retorcía un sombrero de fieltro raído.

—Sí... sí, señora. ¡De los Bosques de Berethin!

La figura se adelantó, saliendo de las sombras. Bajo la capucha, unos rizos rojos enmarcaron un rostro ovalado y serio. Dos ojos verdes miraron fijamente al nervioso pukkle, que agitaba sus feéricas orejillas cómicamente.

—Dame una prueba —dijo la comerciante, entrecerrando los ojos.

El pukkle tragó saliva. Apagó la vela que iluminaba tímidamente la mesa. La comerciante sacó una esquina de tela del paquete, que brilló débilmente.

La comerciante resopló.

—Humm... La luminiscencia parece correcta...

El pukkle aguantó la respiración, expectante.

—... Pero no hay flujo continuo de Celt. Contiene Oro de Hadas, sí, pero no es cien por cien áurica. Lo siento, pero no te puedo pagar lo que me pides.

El pukkle resopló, airado.

—¡¡Pero si se la compré a un semielfo de Berethin!!

La comerciante sonrió, con su larga pipa en los labios. Se desabrochó la capa, mostrando un jubón negro, surcado por ondas de color verde brillante. Las líneas emitían una luz constante, fluyendo como agua verde en la roca, como luciérnagas en la noche. El pukkle abrió los ojos como platos, mientras su tela palidecía frente al jubón élfico de la comerciante.

—¿Ves? Esto es una tela de las hadas, una tela celtérea. Y no es una tela áurica, sólo es un terciopelo de esmeralda. La tela áurica auténtica brilla como el sol. Si quieres puedo comprarte la pieza por... digamos... dos monedas de plata.

El pukkle agachó la cabeza, mirando su pieza de tela. Suspiró.

—Hecho.

La comerciante sonrió, y sacó dos monedas de plata de una limosnera.

—Toma, es un placer hacer negocios contigo.

El pukkle se alejó de la mesa, farfullando, y salió de la taberna.

La joven se levantó, con el paquete aún en la mano. Plegó la brillante tela de nuevo y cerró el papel de estraza. En ese momento, se fijó en un joven caballero de cabello corto y oscuro que bebía a solas en otra de las mesas. Se acercó con el paquete.

—Hola, chico, ¿te gustaría una bonita tela semiélfica para tu novia?

El joven caballero levantó la vista.

—No —respondió secamente. Y siguió bebiendo.

La joven resopló, y se sentó frente a él.

—¿Y unos pendientes de topacios? Seguro que a tu chica le encantarían...

El caballero volvió a mirar fríamente a la comerciante. Sus ojos oscuros casi atravesaron a la joven. Su mandíbula pareció crisparse.

—No tengo chica. Me debo a mi rey.

La insignia de la Guardia de la Torre de Lys brilló en su pecho.

—Ah... Vaya. —La comerciante tragó saliva—. ¿Misión especial? —Sonrió, mostrando una dentadura perfecta. El caballero dio un trago a su cerveza, impasible. La comerciante continuó hablando, esforzándose por entablar conversación—. Si quieres, puedo ofrecerte objetos mágicos... Ya sabes, potenciadores de fuerza, y esas cosas... Directitos de Hillen Mornen.

—¿Eres una Mórnida? —preguntó el caballero, intrigado.

—No, comercio con sus objetos, con sus productos, ya sabes. Soy comerciante.

—Entonces no me molestes. —El caballero pareció perder interés por ella, y se mesó la corta perilla que lucía en su rostro, perfectamente recortada.

—Aunque... puedo ayudarte a encontrarlas, si quieres.

El joven guardia la miró, con renovada curiosidad.

—Me llamo William Redd.

—Yo soy Norna Cloverend.

Norna y William siguieron conversando durante toda la noche, contándose alguna que otra historia y anécdota del largo camino que habían recorrido hasta entonces. Norna, una comerciante experta, había recorrido varias veces las sendas de Ithefawn y conocía a la perfección las diferentes gentes que lo poblaban. Baphs, nicoladrim, elfos y semielfos, pukkles y diversas razas recorrían el continente; desde las estepas pantanosas del norte de Norgon Hillen hasta las costas y acantilados de Lucenna, al sur. William, un caballero

inexperto, escuchó atentamente sus historias, interesándose por las tierras de Norgon.

—Así que buscas el Templo de las Cuatro Lunas, ¿eh?

William asintió con la cabeza.

—Debo entrevistarme con las Mórnidas; es de importancia vital.

La comerciante sonrió. Le convenía llevar al caballero a su lado, sería una especie de guardaespaldas.

—A las Mórnidas no suelen gustarles los visitantes extraños. Envuelven sus tierras en una niebla similar al Velo de Elfawn, confundiendo a los viajeros y alejándolos del Templo. Sólo dejan pasar a los miembros de los Clanes. —Norna miró al caballero, sonriendo para sí.

—Entonces... Tengo un problema. No conozco a nadie de los Clanes.

—Te equivocas. —Norna sonrió de forma encantadora—. Me conoces a mí. Pero antes... tendrás que ayudarme.

William resopló, impaciente.

—¿En qué?

—Tendrás que acompañarme en una venta. —Norna le guiñó un ojo.